ESPAÑA, EN MARRUECOS

La Escuela de Artes Indígenas de Tetuán, vivero fecundo de artistas marroquíes

Más de 300 niños forjan su temperamento artístico en la tradicional artesanía tetuaní

Se han vigorizado los viejos tipos españoles del artesanado, sometidos, antaño, a influencias degeneradoras o extranjerizantes

Relucientes sus salones, de blancura inmaculada sus muros, desnuda de ruidos, la Escuela semeja el fastuoso Palacio de un Sultán

DIRIASE que visitamos el Palacio de un Sultán. Relucientes los vestíbulos y corredores, vestidos de arabescos azulejos, sobre los que pone reflejos irisados el sol ardiente de la tarde de estío. Blanca, de inmaculada blancura, la fachada, en la que la línea recta de las puertas se quiebra en graciosas curvas de arcos y ajimeces, con techos de afiligranada marquetería. Salones suntuosos, que tapizan alfombras de nudos y cubren los ricos tejidos de Oriente. Oro y plata en bandejas y teteras. De la pared penden las espingardas y los puñales con mangos de nácar, marfil y pedrería. Ricas colecciones de cerámica, en las que el artesano supo dar al barro flexibilidad y viveza. En una vitrina, arquetas bellísimas y ejemplares de valiosa encuadernación. Es la industria de los famosos cordobanes.

El arte árabe ha acumulado, en el suntuoso Palacio, las más bellas muestras del ingenio de sus artífices. Es un Museo abierto al estudio de los eruditos y a la admiración de los turistas.

Pero el Museo es una escuela. En el suntuoso palacio, desnudo de ruidos, en el que el chorro de agua de la fuente blanquecina marca la medida del tiempo, se afanan en arte y destreza trescientos niños indígenas. En silencio, con esa quietud reposada con que trabaja el moro, el niño se va haciendo artista, y un día rompe a producir por propia inspiración. Por eso el Palacio está desnudo de ruidos, y relucen sus vestíbulos y corredores. El Palacio es la Escuela de Artes Indígenas de Tetuán. Todo cuanto atesora ha sido construído por los alumnos. Ese es su mayor mérito.

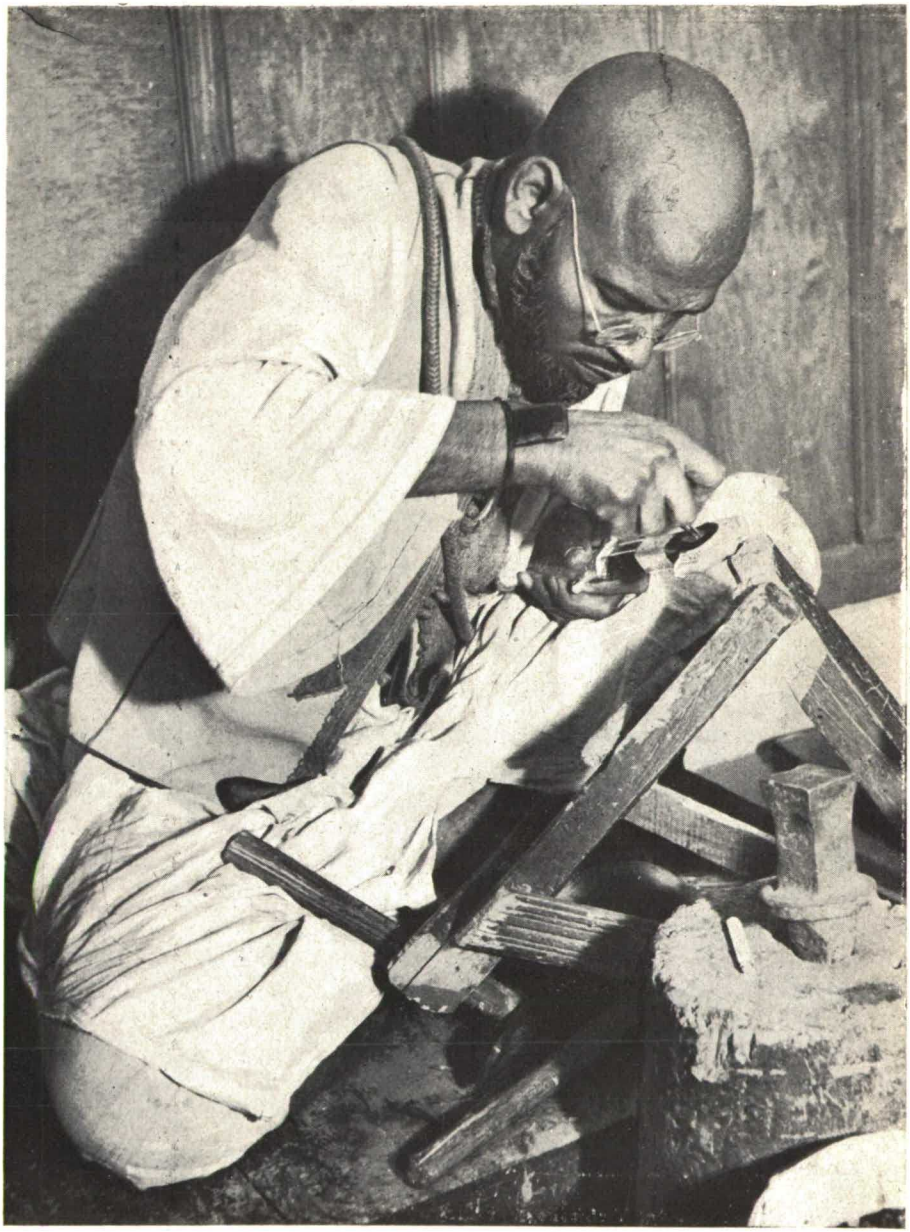
CUANDO «AUN ANDAN A GATAS»

Bertuchi, el insigne pintor granadino, que ha desparramado por Europa la verdad de sus retratos y la luz de sus paisajes marroquíes, nos resume, con gracejo andaluz, el aprendizaje de sus alumnos. Porque Bertuchi, alma de la institución, es el Director de la Escuela de Artes Indígenas de Tetuán. Primo de Rivera le nombró Inspector de Bellas Artes del Protectorado. Con perseverante entusiasmo y acendrado amor a las artes típicas del país, Bertuchi acometió la ingente tarea de desempolvar de la rutina y del olvido, las auténticas artesanías indígenas. Vigorizó los viejos tipos españoles del artesanado, sometidos hasta entonces a influencias extranjerizantes, y resucitó algunas industrias, perdidas para siempre en el arte tetuaní. Gracias a su empeño, la ciudad del Jalifa vió florecer su Escuela de Cerámica, decorada, de brillante historia, rival de Fez, la misteriosa. Las alfombras de nuestro Protectorado compiten con las de Rabat, y los cordobanes son hoy trabajados por nuestros indígenas. Al borde del desierto —a Ifni— tuvo que ir a buscar al maestro platero, anciano de barba recortada y negra como el ébano, que aprendió de sus mayores el arte de los orfebres granadinos.

—Cuando aún andan a gatas —me dice Bertuchi—, el niño ingresa en la Escuela. Recorre los talleres y se queda en uno de ellos: en

Fachada principal de la Escuela de Artes Indígenas de Tetuán. *(Foto Muller)*

Los hábiles dedos de las alumnas entrelazan los hilos para formar la maravilla de alfombras y tapices. *(Foto Muller)*



Del borde del desierto vino el maestro platero, de barba recortada y negra como el ébano a enseñar a los pequeños el complicado arte de las incrustaciones. *(Foto Muller)*

Aún anda a gatas y ya es aprendiz de la Escuela. Observa, mira y aprende, hasta que un día cogerá el cincel y el martillo, y él también incrustará. *(Foto Muller)*

aquél que más le ha llamado la atención. El pequeño es puntual. Día tras día, asiste a la Escuela como «mirón». El trabajo de los niños mayores le atrae. Tiene a su alcance las herramientas y la materia prima. El pequeño observa, y un día cualquiera, comienza a trabajar. Ha madurado su inspiración artística, y el aprendiz trazará ya rectas y círculos perfectos, sin compás ni reglas, y tejerá tapices y alfombras sin consultar siquiera el dibujo.

A Bertuchi le corresponde el triunfo. No sólo ha resucitado un nuevo arte, genuinamente español, que estaba perdido o degenerado, sino que, con su pedagogía, despierta en el alma del indígena la vocación artística, educa su temperamento y orienta sus manifestaciones. La Escuela de Tetuán es vivero fecundo de artistas marroquíes. Cuarenta alumnos ingresaron en 1930 al abrirse sus talleres. Hoy día pasan de los trescientos.

CATORCE TALLERES

El palacio cuenta con varias estancias, cuya visita despierta asombro. Tal es la suntuosidad y riqueza de su mobiliario y decorado. Todo ello ha salido de las manos de los alumnos de la Escuela y del cerebro de su Director, que orienta e impulsa las manifestaciones artísticas de los indígenas escolares. Desde el mosaico rutilante hasta el farol de plata cincelada, desde el tapiz persa hasta el marco de cuero labrado o la arqueta repujada, todo es obra magnífica de la artesanía tetuaní, fabricada en los talleres de la Escuela.

Catorce talleres hay en la actualidad. Los enumeramos por el orden de nuestra visita. Fué el primero el de las alfombras. Sentadas en el suelo ante los grandes telares, que no se estremecen con el ruido de los motores, van burlando las alumnas, con la difícil facilidad del arte, la maraña de los centenares de hilos y dando vida al dibujo, que conservan fresco en su inteligencia, sin que sus ojos se vuelvan hacia el modelo que apuntara el Director. Otras trabajan la lana y utilizan incluso los pies para devanar los ovillos.

Veréis en otro taller al maestro platero de Ifni, estampa viva

arrancada del desierto africano, que juega con la plata y el oro. Sólo un pequeño punzón le basta para transformar la plata en caladas pulseras, en anillos repujados, en marcos para espejos y rematar alfanjes y espingardas con arabescas incrustaciones. Sus discípulos apenas levantan dos o tres cuartas del suelo, y los veréis ya trazar perfectas circunferencias con el punzón al aire. De allí salieron los valiosos objetos que nuestro Caudillo enviara, como regios presentes, al Rey Farouk, de Egipto.

Sobre el cuero tosco y seco, la destreza del diminuto artista va trazando los maravillosos dibujos, que luego decorarán arquetas, portamonedas y bolsos. O encerrarán, en valiosas pastas, la ciencia musulmana, que en otro taller archivarán en hojas apergaminadas orladas de magníficas miniaturas.

Con infinita paciencia forma este pequeño las cúpulas al estilo persa que luego integrarán el bosque calado de la marquetería. Cinco piezas diferentes, perfectamente encajadas, constituyen la bóveda. El alumno aprendió ya en el otro taller —el de ebanistería— la técnica del mueble, que le enseñó el único maestro español —los demás son indígenas— de la Escuela.

Veréis decorar los botijos y jarras; forjar el hierro en caladas rejas o artísticos faroles; nacer del barro los azulejos de reflejo metálico y animado colorido, y os asombraréis ante esa lámpara, que un pequeñuelo remata ante nuestra vista, perfecta hermana gemela de la que embellece la famosa Mezquita de Muley Idris, allá en Fez, la capital del antiguo Imperio marroquí.

DE APRENDIZ A MAESTRO

De la Escuela el aprendiz sale convertido en maestro. No importan los años de estudio ni las horas de trabajo. Lo que interesa es el arte, y el alumno ha obtenido ya el título, que premia sus esfuerzos y lo capacita como perito en el oficio. Durante su permanencia en la Escuela recibió puntualmente un modesto jornal, y ahora a su bakalito de Tetuán, de Larache o de Xauen, llegarán las ofertas de la Escuela. A veces, los encargos son numerosos y los

alumnos no pueden atenderlos. El oficial sigue siendo antiguo alumno de la Escuela, pertenece a la cofradía religiosa y en las grandes fiestas del calendario musulmán los veréis desfilar por las calles tetuaníes cobijados bajo la gran bandera del Centro, al lado de los maestros españoles, que les desbrozaron el áspero camino del arte.

Como antaño, a España no la guían en su misión colonizadora afanes mercantilistas ni ansias de explotación. Bajo el signo de Franco, nuestro Caudillo, el gran amigo de los musulmanes, vuelve en esta coyuntura histórica sus ojos a Marruecos, y con loable empeño, aúna esfuerzos y estimula iniciativas, que devuelvan el esplendor pretérito al pueblo hermano, que mezcló su sangre con la nuestra en las horas difíciles y vacilantes de la contienda.

ANTONIO ORTIZ MUÑOZ

Tetuán, 1941.